

Dios infunde gran confianza en el ánimo, que recibe mucho consuelo con la memoria, así de las máximas sublimes que inculcó durante su augusto magisterio, como de las virtudes que practicó santamente. Y si, por la fuerza de las unas y la fecundidad de las otras, dejó impresa en la Iglesia de Dios huella tan amplia, tan profunda, tan duradera, que sus contemporáneos y la posteridad le han dado el nombre de Magno, y hoy, al cabo de tantos siglos, se verifica todavía el elogio que se escribió en su epitafio: "Vive siempre y en todas partes por sus innumerables buenas obras" (1), no puede menos de suceder que, á todos los seguidores de sus admirables ejemplos, juntamente con el consuelo de la divina gracia, sea dado cumplir las obligaciones de su oficio, en cuanto lo consiente la flaqueza humana.

Apenas hay necesidad de recordar lo que consta por públicos documentos y es de todos sabido. Gravísimas eran las turbulencias en los días en que San Gregorio fué elevado al Pontificado supremo; la antigua civilización se había casi extinguido, y la barbarie invadía todos los territorios del decadente imperio romano. Italia, abandonada por los Emperadores de Bizancio, estaba casi enteramente en poder de los lombardos, que aún hacían vida de nómadas, y á todas partes corrían, devastándolo todo con el fuego y con el hierro, y dejando por doquier la muerte y la desolación. Esta misma ciudad, amenazada por los enemigos exteriores y probada interiormente con el azote de la peste, la inundación y el hambre, se vió reducida á tan mísero estado, que no se sabía como proveer al sustento, no sólo de sus vecinos, sino, además, de las densas multitudes que ahí acudían á refugiarse. Véanse hombres y mujeres de toda condición; Obispos y sacerdotes que llevaban los vasos sagrados salvados de la rapiña; monjes é inocentes esposas de Cristo que, con la fuga, trataban de

(1) Juan Diácono, "Vita Greg.", IV, 68.

libertarse del acero enemigo, ó de los brutales insultos de gente perdida. El mismo San Gregorio llamaba á la Iglesia de Roma: Nave vieja, gravemente combatida, donde las olas penetran por todas partes, y cuyas tablas, batidas diariamente por violenta tempestad, se pudren y anuncian el naufragio" (1). Mas el piloto que había suscitado Dios tenía la mano vigorosa y, puesto en el timón, no sólo acertó, a pesar de la tormenta, á conducir la nave al puerto, sino que supo asegurarla contra las tempestades del porvenir.

Y verdaderamente, es admirable lo que consiguió en poco más de trece años que duró su gobierno. Restauró toda la vida cristiana, fomentando la piedad en los fieles, la observancia en los monjes, la disciplina en el clero y el celo pastoral en los Obispos. Este "prudentísimo Padre de la familia de Cristo" (2), conservó y aumentó el patrimonio de la Iglesia, y socorrió, según su necesidad, al pueblo empobrecido, á la sociedad cristiana y á las iglesias particulares. Hecho verdaderamente "cónsul de Dios" (3), extendió su acción fuera de Roma, acción fecunda, del todo provechosa á la sociedad civil. Se opuso enérgicamente á las injustas pretensiones de los emperadores bizantinos, refrenó los atrevimientos y reprimió la vergonzosa codicia de los exarcas y oficiales del imperio, y se constituyó público defensor de la justicia social. Domó la ferocidad de los lombardos, no vacilando en salir personalmente al encuentro de Agilulfo en las puertas de Roma para apartarle de poner cerco á la ciudad, como antes lo había conseguido de Atila el Pontífice San León Magno; ni cesó un punto en los ruegos, en la suave persuasión, ni en los hábiles tratos, hasta que no vió aquietado á aquel temido pueblo, sometido á un régimen normal, y ganado para la fé católica, por obra, especialmente de la piadosa reina Teodolinda, su hija en Cristo. Por

(1) "Registrum" I, 4, ad Ioann Episc. Constantinop.

(2) Juan Diac., "Vita Greg.," II, 15.

(3) Inscripti3n sepulchral.

lo cual, justamente pudo San Gregorio ser llamado el salvador y libertador de Italia, de su "tierra" (1), como el Santo decía de ella amorosamente.

Merced á sus continuos trabajos pastorales, extinguiéronse en Italia y en Africa los restos de la herejía; los asuntos eclesiásticos de las Galias entraron en orden; los visigodos de España se afirmaban en su conversión, que ya había comenzado; y la ilustre nación inglesa, que, "puesta en un ángulo del mundo, había permanecido hasta entonces aferrada al culto de leños y piedras" (2), recibió también la fé de Cristo. La nueva y tan preciosa conquista colmó de júbilo el corazón de San Gregorio, cual de padre que estrecha entre sus brazos á un hijo amadísimo y atribuye todo el mérito á Jesucristo Redentor, "por cuyo amor,—escribió el mismo Pontífice—encontramos en Bretaña hermanos desconocidos, y por cuya gracia hallamos á los que buscábamos sin conocerles" (3). Y la nación inglesa quedó tan reconocida al Santo Pontífice, que siempre le llamó luego "nuestro Maestro," "nuestro Doctor," "nuestro Apostólico," "nuestro Papa," "nuestro Gregorio," y á sí misma se tuvo como sello de su apostolado. En suma, su acción saludable fué tan eficaz, que la memoria de las cosas que llevó á cabo se grabó profundamente en la posteridad, principalmente en la Edad Media, que, por decirlo así, respiraba su mismo ambiente, se nutría de su palabra, veía en sus ejemplos el modelo de la vida y las costumbres; y así se introdujo dichosamente en el mundo la civilización social cristiana, opuesta á la de los siglos anteriores, ya para siempre desaparecida.

"De la diestra del Altísimo viene esta mudanza" (4). Bien puede decirse que San Gregorio entendía que únicamente la diestra del Altísimo había consumado tan grandes empresas. En efecto, esto escribía al Santo monje Agustín acerca de la mencionada conversión de

(1) "Registrum," V, 36 [40], ad Mauricium Ang.
(2) "Registr., VIII, 29 [3], ad Eulog. episc. Alexandr.
(3) Ibid. XI, 36 [28], ad Augustin. Anglorum episcopum.
(4) Salmo LXXVI, II.

los ingleses, y esto puede aplicarse á todo lo demás de sus trabajos apostólicos: "¿Cuya fué en todo momento esta obra sino de Aquel que dijo: "Pater meus usque modo operatur, et ego operor?" (Joan., V, 17.) Para mostrar al mundo que quería convertirle, no mediante la sabiduría de los hombres, sino mediante su propia virtud, eligió para que predicasen al mundo hombres que carecían de letras; y esto mismo repite ahora, habiéndose dignado consumir obras grandes en el pueblo inglés por medio de hombres débiles" [1]. Bien descubrimos, ciertamente, cuánto la profunda humildad del Santo Pontífice ocultaba á sus propias miradas, y su habilidad en los negocios, y la ingeniosa destreza con que los llevaba á término, y su admirable prudencia en toda suerte de disposiciones, y su continua vigilancia y su perseverante solicitud. Mas á la par es ciertísimo que se abstuvo de hacer ostentación del poder y la fuerza de los poderosos de la tierra; antes bien, hallándose investido de la Suprema dignidad de Pontífice, fué el primero que se llamó á sí propio "siervo de los siervos de Dios." Ni fué venciendo obstáculos mediante la ciencia profana, ni "con palabras persuasivas del humano saber" [2], ni con las sutilezas de la política civil, ni tampoco con sistemas de renovación social hábilmente estudiados, preparados y hasta puestos en práctica; ni siquiera, finalmente—y esto fué maravilla—trazándose algún extenso plan de acción apostólica que se hubiera de realizar sucesivamente; sino que, al contrario, pensaba, como es bien sabido, que faltaba ya poco para el fin del mundo, y que apenas quedaba tiempo para consumir ningún hecho notable. Debilísimo de cuerpo, lleno de achaques que muchas veces pusieron su vida en peligro, tenía admirablemente templado el ánimo, que de la fé viva y de la infalible palabra de Cristo y de sus divinas promesas recibía nuevo alimento. Además de esto, ponía ilimitada confianza en la fuerza sobrena-

[1] "Registr.," XI 36 [28]. [2] I Corintios, II, 4.

tural que Dios ha dado á la Iglesia para el cumplimiento de su divina misión en la tierra; por lo cual, el constante propósito de su vida, propósito manifiesto en todas sus palabras y todas sus obras, fué mantener en sí propio y suscitar en los demás la misma viva fé y confianza que sostenían su corazón, haciendo cuanto bien permitiesen las circunstancias en espera del juicio divino.

De ahí procedía su firme voluntad de procurar la salvación de las gentes valiéndose del exuberante tesoro de medios sobrenaturales dados por Dios á su Iglesia, tal como la doctrina infalible de las verdades reveladas, la eficaz predicación de la doctrina en el universo mundo, los sacramentos que tienen la virtud de infundir y aumentar la vida del alma, la gracia de la oración hecha en nombre de Cristo, que asegura la protección divina.

La memoria de todo esto, Venerables Hermanos, Nos conforta maravillosamente. Si miramos en derredor Nuestro, de lo alto de estos muros del Vaticano, no podemos menos de sentir el temor que experimentaba San Gregorio y quizás mayor todavía que el suyo: tantas son las tempestades que en todas partes se forman y vienen á descargar sobre Nos; tantos son los ejércitos enemigos que Nos atacan, formados en batalla; y tan completamente carecemos de todo medio humano de defensa, que Nos parece imposible disipar las tormentas y resistir á los asaltos. Mas considerando el suelo que huellan Nuestros pies y el lugar en que se levanta esta Cátedra pontificia, Nos sentimos seguro en esta ciudadela de la Santa Iglesia. "¿Quién podrá ignorar—el mismo San Gregorio lo dice á Eulogio, patriarca de Alejandría—que la Santa Iglesia está fundada en la robustez del Príncipe de los Apóstoles, el cual la traía de su nombre, pues de la piedra fué llamado con el nombre de Pedro?" [1]. El curso del tiempo no ha debilitado jamás la fuerza divina de

(1) "Registr.," VII, 37, [40].

la Iglesia, ni jamás se vió defraudada la confianza en las promesas de Cristo, promesas que subsisten hoy como cuando consolaban el corazón de San Gregorio, y para Nos con el aumento de fuerza que han adquirido en el transcurso de los siglos y las vicisitudes de los tiempos.

Pasaron imperios y reinados; se extinguieron pueblos florecientes por su fama y civilización; muchas veces se han deshecho las naciones como por el peso de su misma ancianidad, mientras la Iglesia, indefectible en su esencia, unida en vínculo indisoluble á su celestial Esposo, se conserva en el mundo, brillando, con eterna juventud, fuerte con su misma robustez primitiva, tal como salió del Corazón de Cristo, muerto en la Cruz. Levantáronse contra ella los poderosos de la tierra; mas desaparecieron, y la Iglesia permanece en pié. Se idearon innumerables sistemas filosóficos, de toda forma, de todo género, y sus maestros alardearon soberbiamente, como si, por fin, hubieran vencido á la doctrina de la Iglesia, refutado los dogmas de la fé y demostrado que sus enseñanzas sean absurdas; y todos estos sistemas se registran en la Historia, como fallidos y desacreditados, mientras en la roca de Pedro resplandece la luz de la verdad, tan brillante como cuando Cristo la encendió al presentarse en el mundo y la dejó por alimento su divina palabra: "Pasarán el cielo y la tierra; pero mis palabras no fallarán". [1].

Alimentado con esta fé, firme sobre esta piedra, con pleno conocimiento de los gravísimos deberes que el Primado Nos impone, pero también de toda la fuerza que por voluntad divina Nos comunica, esperamos tranquilo que se disipen en el aire las voces con que Nos atruenan los oídos anunciando que la Iglesia católica ha llegado á su término, que sus doctrinas han pasado para siempre, que pronto se verá obligada á contar con el beneplácito de la ciencia y la civilización sin Dios, ó desaparecer de entre los hombres; á

(1) San Mateo, XXIV 35.

pesar de esto, no podemos dejar de traer á la memoria de todos, grandes y pequeños, como ya lo recordó en su tiempo el Papa San Gregorio, la necesidad absoluta de acudir á esta Iglesia para hallar la eterna salud, para alimentarse con la verdad, para andar por el camino de la razón y para conseguir la paz y la ventura aun en esta vida terrena.

Así, pues, diremos, valiéndonos de palabras del Santo Pontífice: “volved vuestros pasos á esta firme roca, sobre la que quiso nuestro Redentor fundar la universal Iglesia, para que los sinceros de corazón no hallen en su camino obstáculos que les extravíen” [1]. Sólo la caridad de la Iglesia y la unión con ella “unen lo dividido, ordenan lo desordenado, templan lo desigual y completan lo imperfecto” (2). En todo tiempo ha de tenerse presente que “nadie puede gobernar con rectitud las cosas terrenas, si no sabe tratar las celestiales, y que la paz de los Estados depende de la universal de la Iglesia” (3). De donde proviene la absoluta necesidad de que haya perfecta armonía entre las dos potestades, eclesiástica y civil, estando llamadas ambas, por voluntad de Dios, á sostenerse mutuamente. Y desde luego “la potestad sobre todos los hombres fué dada por el cielo para auxilio de los que aspiran al bien, para que se ensanche el camino que conduce á la verdadera patria y el reino de la tierra sirva al celestial” [4].

De estos principios provenía la invicta firmeza de ánimo de San Gregorio, que Nos, mediante el favor divino, Nos aplicaremos á imitar, proponiéndonos querer á toda costa la defensa de los derechos y prerrogativas, cuya guarda y vindicación pertenecen al Pontificado romano ante Dios y los hombres. Por lo cual, el mismo San Gregorio escribió á los Patriarcas de Alejandría y Antioquía: “Cuando se trate de los derechos de la Iglesia universal debemos mostrar, aunque sea con la

(1) “Registr.,” VIII, 24, ad Sabin. (3) Ibid., V, 37 [20], ad Mauric. episcop. Aug.
(2) Ibid., V, 58 [53], ad Virgil. (4) “Registr.,” III, 61 [65], ad Mauric. Aug.

muerte, que el amor á nuestro particular interés no nos mueve á querer nada que redunde en perjuicio del bien común” (1). Y decía al emperador Mauricio: “Quien por ostentación de vanagloria levanta su cerviz contra Dios omnipotente y contra lo establecido por los Padres, no conseguirá, como confío en el mismo omnipotente Dios, que doble ante él mi cerviz, ni aún valiéndose del filo de la espada” [2]. Y al diácono Sabiniano: “Estoy dispuesto á morir antes que consentir que en mis días la Iglesia degenera. Y tu bien sabes que acostumbro á soportar por largo tiempo; pero que si luego me decido á no soportar más, afronto el peligro con ánimo alegre” [3].

Estas máximas fundamentales proponía el Papa San Gregorio, y era atendido. Así fué que por la docilidad de los príncipes y los pueblos á su palabra, el mundo recobraba la verdadera salud y se restituía á la senda de la civilización, tanto mas noble y fecunda en bienes, cuanto mejor se fundaba en los dictámenes inconcusos de la razón y la moral disciplina, y sacaba toda fuerza de la verdad divinamente revelada y de las sentencias del Evangelio.

Mas entonces, aunque rudos, ignorantes y faltos aún de toda cultura, los pueblos tenían ansia de vida, y nadie podía dársela sino Cristo Jesús por medio de la Iglesia: “Yo he venido para que tengan vida y la tengan con más abundancia” [4]. Y, verdaderamente, tuvieron vida y, verdaderamente, la tuvieron en abundancia, por que no pudiendo venir de la Iglesia otra vida sino la sobrenatural de las almas, todas las otras fuerzas de la vida, aun las que meramente pertenecen al orden natural, se resumen y aumentan en aquella. “Si es santa la raíz, también las ramas son santas,” decía San Pablo al pueblo gentil: “y tú que no eres más que un acebuche, has sido ingertado en lugar de ellas y hecho participante de la

[1] “Registr.,” V, 41 (43). [3] Ibid., V, (IV, 47).
[2] Ibid., V, 37 (20). [4] San Juan, X, 10.

savia que sube de la raíz del olivo." [1].

Maş aunque el mundo goza tan abundantemente de las luces de la civilización cristiana, que de ningún modo puede compararse su estado actual con el que tenía en tiempo de San Gregorio, parece que le enoja en en nuestra época la vida que es fuente principal, y á veces única, de copiosos bienes, no solo en los antiguos, sino en nuestros mismos días. Ni solamente al brotar las herejías ó el cisma, como pasaba en otras edades, se desgaja el mundo del tronco, cual rama inútil, sino que pone la segur en la primera raíz del árbol, que es la Iglesia, y se esfuerza por sacar la savia vital, para que su ruina sea más cierta y no vuelva á germinar nunca.

En este, que es el máximo error de nuestro tiempo, y del cual dimanar todos los demás, está la causa de que tantos hombres pierdan la eterna salvación y de que, en materias religiosas, sobrevengan tantas ruinas, como lamentamos, y aun otras muchas que deben temerse como no se ponga remedio. Se niega todo orden sobrenatural; se niega la intervención divina en el orden de la creación y en el gobierno del mundo, y se niega la posibilidad del milagro; quitado lo cual, es necesario destruir los fundamentos de la religion cristiana. Se impugnan hasta los argumentos que demuestran la existencia de Dios, negando, con inaudita temeridad y ofensa de los primeros principios de la razón, la fuerza incontrastable de la prueba que de los efectos sube á la causa, que es Dios, y á la noción de sus atributos infinitos. "Las perfecciones invisibles de Dios, aun su eterno poder y su divinidad, se han hecho visibles después de la creación del mundo por el conocimiento que de ellas nos dan sus criaturas" (2). Así se da entrada á otros errores gravísimos, tan opuestos á la recta razón, como perniciosos para las buenas costumbres.

En efecto, la gratuita negación del principio sobrenatural, propia de "la ciencia que falsamente se llama cien-

[1] Romanos, XI, 16 y 17.

[2] Romanos, I, 20.

cia," (1) se convierte en postulado de cierta crítica histórica, igualmente falsa. Todo cuanto se refiere de algun modo al orden sobrenatural, porque pertenece á ese orden, porque lo constituye, porque lo presupone, ó porque sólo en él halla explicación, se arranca sin más examen de las páginas de la Historia. Así se hace con la divinidad de Jesucristo, su encarnación por obra del Espíritu Santo, su resurrección por su propia virtud, y, en general, con todos los dogmas de nuestra fé. Tomando la ciencia por tan extraviado camino, no hay ya principio de crítica que la contenga, y borra caprichosamente de los sagrados Libros todo cuanto la desagrade, ó cree opuesto á la tesis preestablecida que intenta demostrar. Suprimido el orden sobrenatural, la historia de los orígenes de la Iglesia ha de levantarse sobre otro fundamento, por lo cual los novadores revuelven á su talante los monumentos de la Historia, haciéndoles decir lo que quieren, y no lo que sus autores se propusieron.

Y pasa á muchos que, víctimas del aparato extraordinario de erudición que se les muestra, ó de la fuerza, en apariencia convincente, de las pruebas que se les aducen, pierden la fe, ó gravemente vacilan en ella. Otros hay que, constantes en la fe, acusan de demolidora la ciencia crítica, aun cuando de suyo es inocente y, rectamente aplicada, constituye un elemento seguro de investigación. Ni los unos ni los otros se fijan en que parten de un punto falso, á saber, de la ciencia que falsamente se llama tal, que lógicamente les conduce á consecuencias igualmente falsas. Establecido un falso principio filosófico, todo queda viciado; por lo cual la refutación de tales errores no será nunca eficaz mientras no se cambie de posiciones, es decir, mientras los combatientes no abandonen el campo crítico, donde se creen atrincherados, por el verdadero campo de la filosofía, cuyo abandono les ha llevado al error.

Maş entretanto, doloroso deber es aplicar á los hombres, no faltos de agudeza de entendimiento y constan-

[1] I á Timoteo. VI, 20.